

Cuesta abajo

Por *Alejandro MAGRASSI*

(En Rep. Amer.)

Cuando paso por la vereda de la barranca del Parque Lezama en la ciudad de Buenos Aires y voy "cuesta abajo" siempre me pongo a pensar en la mala suerte que me ha perseguido continuamente y en la serie de dificultades e inconvenientes que no he podido sortear por la incuria o la pasividad de las personas de que dependía mi felicidad del momento.

Yo no creo como algunos moralistas a la violeta que la mala o buena suerte es cosa de uno mismo. A veces para el triunfo personal de un escritor basta una aprobación amable o sensata siendo la que en muchas ocasiones contiene la cobardía o la pasividad pues como la ha dicho Payró en "El Triunfo de los Otros": "¿Y cómo había de triunfar hasta ahora, con todas las puertas cerradas, con todos los caminos barredos?"

No hay que esperar a que se muera el escritor para hacer su elogio cuando ya no le puedan servir de nada las flores retóricas en su tumba. Como dijo Lugones, el pueblo no ensalza más que a sus tiranos y negándole un peso al que embellece la vida lo ensalza cuando muere y gasta quizás cientos de pesos en una corona por arrepentimiento póstumo.

Hay que creer que la mala suerte persigue a algunos seres cuando se sabe que a veces un detalle insignificante malogra todo el fruto de sus afanes y que la buena suerte lo acompaña cuando quien lo quiere proteger o ayudar lo busca aun a través de las dificultades, lo acompaña en su "vía crucis", lo reconforta en su pobreza o lo conforta en su orfandad.

En una tarde de corrida de toros un escritor francés de paso por España, compra en un quiosco un libro de Vicente Blasco Ibáñez y enseguida le escribe para traducirlo, lo que inicia la fama internacional y la fortuna del gran escritor. Florencio Sánchez encuentra en Joaquín de Vedial al que le ha de llevar al triunfo.

Esta es la suerte. La mala suerte hubiera sido que el traductor ni se hubiera molestado en escribir al escritor o que "Joaco" le mandara decir al dramaturgo con el transpunte que había salido.

Trasladándonos a la vida diaria, "suerte" es la recomendación del amigo para entrar a trabajar en una gran casa, recibido con simpatía a pesar de que el

operario no fuese muy práctico en esa clase de ocupación, la solicitud amorosa acogida con simpatía, la amistad aceptada sin prevención y mala suerte la negativa sin causa, la acritud sin razón y solamente motivada por el malhumor del momento.

Para evitar todos esos dolores debemos no solamente ser bondadosos con el prójimo bien intencionado sino especialmente los que tienen una jefatura de cualquier orden mostrarse deseosos de ayudar a los demás, de comprender sus necesidades íntimas, de estimar la cortesía y la amabilidad tanto como de alejar la prepotencia y falsa estimación.

La vida moderna de las ciudades arroja a la calle diariamente a una gran cantidad de simuladores de la lucha por la vida, hombres malvados por necesidad, ladrones y falsarios. Pero en una sociedad bien constituida tales pícaros no prosperan debiendo amoldarse a las ór-

denes del trabajo y la vida correcta, cuando actúan impunemente y con "buena suerte" es porque encuentran un ambiente corrompido, hombres que admiran sus pillerías y mujeres que aceptan su dinero mal habido.

No existe pues más que predisposición a la mala o a la buena suerte y todo está en que los hombres que luchan en un mismo sector, los que trabajan en una misma fábrica, se ayuden mutuamente, que se sepa distinguir a los honrados de entre los pillos, que todos busquemos nuestra ayuda en el trabajo y la dedicación al arte los predistintos para ello pero que tales labores sean apreciadas y recompensadas con el elogio o el provecho indispensable puesto que las naciones más ricas del mundo son las que mejor recompensan al trabajador de cualquier orden y las más cultas las que reconocen el esfuerzo de sus escritores, pintores o músicos...

Alejandro MAGRASSI

Buenos Aires, República Argentina.
Junio de 1957.

En ruta

Pirámide de XOCHICALCO

Por *Ramón ROMERO*

(En Rep. Amer.)

Los antiguos pobladores escogieron en los valles los lugares más altos para construir sus ciudades tomando en cuenta la visibilidad y la dureza de las montañas. Se explica así que una bella ciudad, hoy desaparecida, levante sus ruinas en una loma de gran extensión. El tiempo ha logrado destruir una fortaleza, columnas, templos, oratorios, muros tendidos en espera del juego de pelota donde se adiestran los jóvenes.

Desde la falda de esa loma se contempla la cadena de montañas por un lado y por otro las vertientes que se pierden en la hondonada donde vagan las sombras y se refugia el viento. Vamos en busca de esa joya de la cultura azteca la pirámide de Xochicalco y otros templos, columnas rotas, piedras labradas. En el caminito pedregoso y calcinado, subiendo con el natural cansancio que da la altura, los señores Ubaldo Río Vega y el Profesor César Sáenz señalan con el índice la proximidad de la pirámide en la cima. Una emoción reprimida nos alienta para seguir ascendiendo y luego, al llegar al muro podemos ver-

la con todos sus contornos. De cerca, sola en la grandeza, rodeada de luz, recibe en sus costados el golpe del tiempo y la gracia de los crepúsculos. Una gradería conduce a la terraza. Al lado derecho las piedras labradas finamente representan un dios adornado con plumas: ojos redondos, la boca abierta, los rudos maxilares tensos, al parecer en actitud de hablar. En el centro la figura de algún héroe dentro de un marco de plumas y de flores.

Observando la figura central, la serenidad del rostro y sus labios entreabiertos, parece que hay allí con las guirnaldas llenas de vida la representación de un turbulento regocijo de la perennidad cincelada en la piedra. Han querido estampar con el cincel un mundo ya antiguo a partir de aquel tiempo, una firme seriedad de las concepciones míticas en la materia inerte para que los ojos de las generaciones se compenetren del anhelo de las almas. La figura está de pie, con la exactitud de un héroe que recibe todo el aspecto de su tiempo, posiblemente ante una muchedumbre que no